

De Douglass a Beatty: esclavitud y *exclavitud*

Malena Jalife

Universidad de Buenos Aires

En Estados Unidos, la esclavitud se instaura tras la llegada de los primeros colonos británicos a Virginia y se deroga con la adopción de la XIIIª enmienda de la Constitución americana el 6 de diciembre de 1865. Sin embargo, la esclavitud basada en un fundamento racial se institucionaliza progresivamente, en la segunda mitad del siglo XVII. En este punto, es importante recalcar el carácter *legal* del sistema esclavista, ya que fue instituido con el apoyo del marco jurídico y legislativo. En ese entonces comienzan a llegar a Estados Unidos una gran cantidad de barcos esclavistas, provenientes principalmente de África. A toda la población negra que descendía de dichos barcos le era atribuido el estatuto de esclavo.

Ya desde sus inicios, los *negros* en Estados Unidos se ven incorporados a la ley, al Estado, a partir de una exclusión fundante, de índole racial, institucionalizada legalmente. Sin embargo, incluso tras la abolición definitiva de la esclavitud en todo el territorio en 1865, la discriminación y las diferencias ante el Estado persisten. De la época de la esclavitud (en una instancia que podríamos denominar *pre-comunitaria*) a la época contemporánea (*comunitaria*), nos encontramos con un colectivo sufrido, que se construye desde la exclusión, desde la negativa, frente a una ley que se pretende equitativa pero que se aplica de manera parcial ante la gente *de color*.

En *Relato de la vida de Frederick Douglass, un esclavo estadounidense* (1845), Frederick Douglass narra lo que suponemos fue su vida, en tanto esclavo en busca de la libertad. A su vez, en *El vendido* Paul Beatty construye el relato en primera persona de Me, habitante *negro* de la ciudad marginal de Dickens. En este último libro, me interesa particularmente la figura de Hominy, antiguo actor infantil con tendencias suicidas, también habitante de Dickens, que le pide encarecidamente al protagonista ser su esclavo. Entonces, de la época esclavista a la época contemporánea, de la esclavitud a la “libertad” y de la “libertad” a la “exclavitud”, la identidad se construye desde la negación, en una lucha encarnizada entre el Estado (su existencia y su ausencia), el espacio y la comunidad. Veremos cómo se articulan en Douglass y en Beatty, sueños de

libertad y reconocimiento estatal (o no), en dos épocas diferentes, con formas y expectativas distintas.

En una primera parte nos centraremos en el relato de Frederick Douglass, un esclavo en búsqueda de la libertad. Luego, abordaremos el paso de la esclavitud (con Douglass) a la *exclavitud* (con Beatty).

I. Frederick Douglass: un esclavo en búsqueda de la libertad

Para empezar, el relato de Frederick Douglass está construido minuciosamente. El armado de los capítulos y el ritmo de la narración no son anodinos: revelan la *pretensión literaria* del texto, tema en discusión en el “Prefacio” de WM. Lloyd Garrison. En efecto, cada capítulo está centrado en un hecho particular: el IV, por ejemplo, relata la suma de crímenes impunes cometidos contra los esclavos y el VI el descubrimiento de la lectura. Las diferencias de ritmo se hacen notar, por ejemplo, en un manejo distinto del tiempo según el hecho narrado: el sufrimiento infligido por el Sr Covey, uno de sus amos, encargado de “domarlo”, toma mucho más espacio que el pasaje en el cual se refiere a su infancia. De este modo, la narración está claramente jerarquizada y construida en pos de producir un efecto en el lector.

Según la narración, el inicio de Douglass en la lectura marca un antes y un después en el texto: es un punto de quiebre, que divide al relato en dos. A partir de allí, Frederick comienza su transición de esclavo a hombre libre. Este aprendizaje lo hace de la mano de la señora Auld, hecho por el cual su marido la regaña, bajo el pretexto de que los negros se “estropean” con el estudio, se ponen *descontentos*. Douglass comenta: “Comprendí entonces lo que había sido para mí un problema absolutamente desconcertante, a saber: el poder del blanco para esclavizar al negro” (Douglass, 1982: 54). Entonces, comienza a tomar conciencia de su condición, se rebela y se las ingenia para finalizar él mismo su aprendizaje. Al aprender a leer y a escribir, Douglass se apropia de la palabra y, según expresa, así “lograba dar expresión a interesantes pensamientos de mi propia alma” (Douglass, 1982: 59). Poder nombrar es poder comprender, darle forma a sentimientos y pensamientos antes difusos. Además, al aprender a escribir se emancipa todavía más: es lo que le permite luego enseñarle a leer a sus semejantes, y crear una suerte de proto-comunidad. A partir de ese momento, idean en grupo un plan de fuga.

Respecto de este hecho tan disruptivo que representa el aprendizaje de la lectura en el marco de la narración, es interesante lo que nota Pablo Bianchi sobre la

relación que hace este ex-esclavo entre la ignorancia (impuesta al sujeto oprimido) y la esclavitud, “es decir, la primera como condición sine qua non de la segunda”. Este mecanismo, que busca hundir al esclavo en el desconocimiento, comprende según comenta Bianchi dos fases: una primera, en relación a la identidad -un sujeto que no conoce ni su edad ni a su padre, y que es separado de su madre al nacer-, y una segunda, en relación a la cultura en general -no se les brinda alfabetización ya que, como postula el pensamiento esclavista -en este caso representado por el señor Auld-, “si enseñas a ese negro (...) a leer, no habría manera de controlarle luego” (Douglass, 1982: 54).

También en esta línea Juana Giaimo postula que en el relato de Douglass hay una verdadera “fe en la palabra”, en tanto fuente de conocimiento. Para ella la palabra buscaría, además, causar una impresión en el lector: el objetivo sería producir una historia creíble, lo cual es reforzado por la presencia de varios paratextos: una autobiografía de Douglass, el prefacio de WM. Lloyd Garrison y la carta de Wendell Phillips. En el contexto del *Relato de la vida de Frederick Douglass*, donde todavía estamos en un período de esclavitud legal, la existencia e importancia de estos dos paratextos escritos por dos abolicionistas blancos pone en evidencia, tal como subraya Vera Senderowicz, que “son los blancos, sujetos de derecho, quienes opinan y deciden sobre la cuestión de la esclavitud”. Ellos enmarcan y legitiman un relato que probablemente no hubiera podido sostenerse por sí mismo.

De algún modo, la palabra funciona como un puente hacia la libertad, es lo que le permite a Douglass superar la ignorancia que lo tenía sometido espiritual y corporalmente. Justamente, el relato de Douglass es el relato del camino de un esclavo hacia la libertad. No casualmente podemos observar, en un cuadro estadístico sobre cimarrones en Carolina-del-Sur (Ferro, 2003: 171)¹, que sistemáticamente hay más esclavos evadidos “que hablan bien” que esclavos evadidos que “hablan mal”. Si la palabra aparece, en Douglass, como una “bendición” (Douglass, 1982: 54), que despierta su conciencia en tanto que ser humano, librándolo de su mera condición de objeto, de a ratos también se le presenta como una “maldición”: al tomar conciencia de su condición, el dolor de Frederick es tan inmenso que sólo puede resolver escapar, aun existiendo el riesgo de morir en el intento. Como el narrador mismo expresa: “He deseado muchas veces ser un animal. Preferiría la condición del más mísero reptil a la mía. ¡Cualquier cosa, fuese la que fuese, con tal de librarme de pensar!” (Douglass, 1982: 59).

II. De la esclavitud a la exclavitud: el caso de *El vendido*, de Paul Beatty

Si la palabra es lo que le permite a Douglass iniciar su camino hacia la libertad, en *El vendido* (2015), de Beatty, el personaje de Hominy parece buscar lo contrario: es el camino de la “libertad” (condicionada) hacia la “exclavitud”, como una forma no velada de las desigualdades que sufren los afro-americanos. Si la libertad surge como un valor fundante en la América puritana y protestante, que brilla en *El relato de la vida de un esclavo*, sorprende que años más tarde, en una novela del siglo XXI, el personaje de Hominy, antiguo actor infantil con tendencias suicidas, le pida encarecidamente al protagonista, Me, que lo tome como esclavo. El contraste entre ambos textos es sumamente revelador porque, si el de Douglass es un relato esperanzador, que delinea los primeros trazos de una igualdad entre personas *blancas y negras*, donde el narrador parece estar integrándose, al final, entre blancos, el segundo posee un alcance mucho más tangible y pesimista. Si Douglass narra el movimiento, el transcurrir del esclavo hacia el hombre libre - en una instancia que podríamos denominar *pre-comunitaria*, Beatty da cuenta de una existencia estancada en la marginalidad, inmersa en un espacio estancado, marginal, fuera del mapa y fuera de la ley: Dickens.

En este contexto, como expresa Pablo Bianchi, la “esclavitud voluntaria” de Hominy pone de manifiesto una situación llevándola al ridículo: la esclavitud y la segregación se mantienen aunque más disimuladamente. Como subraya el mismo compañero, “Hominy prefiere una esclavitud ‘sin máscaras’ a sufrir una más sutil e indirecta”. Esa forma algo más velada y contemporánea de la esclavitud es lo que propongo denominar *exclavitud*, noción intrínsecamente ligada al sistema capitalista neoliberal, en tanto forma de dominación actual. En efecto, en *El vendido*, Beatty pone en evidencia la gran desigualdad existente en el seno de la sociedad estadounidense, tanto de índole racial como social. Esta doble crítica es representada satíricamente en el capítulo 10 donde, en ocasión del cumpleaños de Hominy, Me hace instalar en el autobús de Marpessa un cartel que anuncia “ASIENTOS RESERVADOS A PERSONAS MAYORES, DISCAPACITADOS Y BLANCOS” (Beatty, 2015: 148). El autobús sería, para Me, uno de los “vórtices” del racismo de Los Ángeles, un lugar donde Hominy sería feliz, donde podría reafirmar su condición de segregado: “Su asiento, en el lado derecho, a tres filas de la puerta, era el epicentro mismo del racismo” (Beatty, 2015: 149).

En todo caso, la *exclavitud*, es decir esta forma velada y contemporánea de la *esclavitud*, tiene su correlato en la realidad. En efecto, como bien nota Pap Ndaye en su artículo “Los esclavos del sur de Estados Unidos”, si bien la situación política y económica de los afro-americanos mejoró considerablemente al verse confirmados sus derechos cívicos en 1964 -a casi cien años de la abolición definitiva de la esclavitud-, al mismo tiempo que el Congreso votaba distintos dispositivos de corrección de la desigualdad de posibilidades ligadas a la raza y al sexo, sus condiciones de vida permanecieron muy precarias. Según indica el mismo autor, un tercio de los representantes de la comunidad negra americana “viven bajo el nivel de pobreza, a menudo en condiciones de miseria y de abandono indignas del país más rico del mundo” (Ferro, 2003: 169-170). En este sentido, la herida de la esclavitud sigue abierta. Además, Ndaye subraya “la importancia histórica de la esclavitud en Estados Unidos”, tanto desde un punto de vista económico (el trabajo de los esclavo brindó el capital fundado del crecimiento americano), y “del punto de vista de las relaciones entre Negros y Blancos, establecidas sobre una relación de dominación racista que nunca fue del todo borrada, ni en las mentalidades ni en la organización social” (Ferro, 2003: 170).

Entonces, hoy en día persisten formas de sujeción y de sometimiento de los *Negros* por los *Blancos*: se mantienen las diferencias, bajo formas más *políticamente correctas*. Es en este sentido que Beatty denuncia lo que denomina “discriminación positiva”. Por ejemplo en el juicio a Me, hay un Juez negro en la Corte que, como afirma Ángel Álvarez, “En el caso del Juez negro que lo mira con esmerado odio, la existencia del acusado en sí (un *negro* acusado de esclavizar a otro *negro*) derriba toda la mitología justificante de su ser pues él tiene ese cargo no tanto por sus méritos o talentos sino por la existencia políticamente correcta de la llamada discriminación positiva”. De alguna manera, el juicio que le hacen al protagonista es, más que un juicio *legal*, un juicio de carácter *moral* -en tanto moral blanca puritana-. También en esta línea Me se posiciona en contra de la “falsa y políticamente correcta victimización permanente o las estupideces acerca del orgullo negro” (en palabras de Ángel Álvarez). Para Me, el discurso negro progresista carga a su vez con una suma de estereotipos de los que se va desligando a lo largo de la novela: son las “dicotomías raciales” -en términos de Daniela Mancini Taire.

Hay algo del maniqueísmo que aparecía en Douglass (esta dicotomía esclavo-amo o víctima-victimario) que Beatty supera, construyendo un discurso mucho más complejo, dinámico, superando los estereotipos de su época. Esto último se ve reforzado

por el hecho de que, como afirma Solana García Villamor, “hay una tensión en la identidad del personaje principal, ya que posee gustos que los demás calificarían como de “blanco””. Es un personaje cercano a la comunidad negra y a la vez ajeno, al que “los personajes negros con los que se relaciona” tratan como a un *otro*, que no pertenece completamente al grupo. Hay una suerte de polivalencia intrínseca al personaje principal, que lo lleva a postular frases del tipo “Tal vez cueste creerlo viniendo de un negro, pero lo cierto es que nunca he robado nada” (Beatty, 2015: 7) –declamación que encontramos al principio de la novela-. Sistemáticamente a lo largo de *El vendido*, Me se apropia de la palabra blanca y la deconstruye. De este modo, destruye estereotipos que son vehiculizados a través de la palabra del *otro*. Además, esta misma ambivalencia es posible por la construcción de Me como un personaje “leve”, cuya personalidad fluye, no es inmanente.

Hemos visto cómo de la esclavitud a la libertad, de la “libertad” a la “esclavitud”, la identidad de la comunidad negra se construye desde la negación de su identidad, en una lucha encarnada entre el Estado (su existencia y su ausencia), el espacio y la comunidad. En ambos relatos, se pone en evidencia la unión de los individuos desde la exclusión, la consolidación de factores identitarios desde el margen. En un Estados Unidos que se pretende “post-racial”, que como afirma Lucía Waldman “parecería haber eliminado el racismo por decreto”, Me ridiculiza la idea de que sea tan fácil eliminar el racismo por ley, dando vuelta la operación, reinstaurando la segregación racial con símbolos, con carteles en los buses y negocios. Paradójicamente, desde esta exclusión afirmativa, los lazos entre los miembros de la comunidad se hacen más fuertes que nunca.

Notas

¹ Estadísticas sobre esclavos cimarrones en Carolina del Sur / Motivos y destinaciones (Ferro, 2003).

Statistiques du marronnage en Caroline-du-Sud
Motifs et destinations des marrons de Caroline-du-Sud ²³

	A. Métier		B. Aptitude linguistique			C. Sexe		Total								
	Esclaves qualifiés	Esclaves agricoles	Parle bien	Parle mal	Non mentionnée	Hommes	Femmes									
En visite	157 61,6	21,4 18,6	576 57,6	18,6 13,0	95 26	13,0 35	612 72,5	83,5	523 65,3	71,4	210 82,3	28,6	733 69,4	100		
Passer pour libre	79 31,0	41,1 14,1	113 33,3	58,9	55 3	28,6	3 6,4	1,6	134 15,9	69,8	164 20,5	85,4	28 11,0	14,6	192 18,2	100
Éviter d'être vendu	17 6,7	15,9	90 11,2	84,1	11 6,7	10,3	16 34,0	15,0	80 9,5	74,7	94 11,7	87,9	13 5,1	12,1	107 10,1	100
Éviter les punitions	2 0,8	8,3	22 2,8	95,7	4 2,4	16,7	2 4,3	8,3	18 2,1	75,0	20 2,5	83,3	4 1,6	16,7	24 2,3	100
Total	255 100		801 100		165 100		47 100		844 100		801 100		255 100		1056 100	
Plantation	151 38,6	18,3	673 49,4	81,7	98 34,3	11,9	47 57,3	5,7	677 48,9	82,4	656 48,9	79,7	167 40,7	20,3	823 47,0	100
Ville	121 31,0	26,5	335 24,6	73,5	62 21,7	13,6	18 22,0	4,0	377 27,2	82,4	298 22,2	65,4	158 38,4	34,6	456 26,0	100
Hors colonie	74 18,9	28,2	188 13,8	71,8	91 31,8	34,7	6 7,3	2,3	165 11,9	63,0	233 17,4	89,3	28 6,8	10,7	262 15,0	100
Arrière-pays	7 1,8	13,7	43 3,2	86,3	8 2,8	15,7	8 9,8	15,7	35 2,5	68,6	50 3,7	96,1	2 0,5	3,9	51 2,9	100
Plantation en ville	38 9,7	23,6	123 9,0	16,3	27 9,4	16,8	3 3,6	1,9	131 9,5	81,3	105 7,8	65,2	56 13,6	34,8	161 9,1	100
Total	391 100		1362 100		286 100		82 100		1385 100		1342 100		411 100		1753 100	

Bibliografía

Beatty, Paul. *El vendido [The sellout]* (2017).

Douglass, Frederick. *Una narrativa de Frederick Douglass, un esclavo estadounidense, escrita por él mismo.*

Ndaye, Pap. “Los esclavos del sur de Estados Unidos” en *El libro negro del colonialismo*, Marc Ferro. Paris, Hachette Littératures, 2003.

Y con la contribución esencial de todxs lxs compañerxs del Seminario “Siglo XXI: Narrativa estadounidense en ‘desobediencia civil’”, dictado por Elisa María Salzmán e Isabel Vassallo (Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2019).